

El Pequeño Príncipe: una paradoja, un gran libro¹

ENRIQUE BANÚS

Universidad de Piura, Perú

Resumen

Este artículo está dividido en cuatro partes. La primera indica las características de Saint-Exupéry y de su obra, y cómo *El pequeño Príncipe* es diferente a toda la producción del autor. El segundo apartado analiza el gran tema de la autorrealización de la persona y cómo se presenta este tema en un niño cuyo conflicto y búsqueda es comprender en su vida qué es lo esencial para su propia realización. El punto tres se enfoca en el personaje del zorro y cómo él sabe y hace comprender al niño la radical verdad de la relación afectiva: los lazos de amor son los que hacen que cada ser sea único e irremplazable como lo es la rosa que habita su pequeño planeta. Esta revelación transforma al niño y él transmite este tesoro al aviador porque ellos también han establecido una relación única. El cuarto y último punto hace énfasis en que esta nueva forma de mirar el mundo –la vida como relación, donación y experiencia única en el amor– hace posible la aparición de nuevas y más profundas formas de vivir la vida de manera plena. El mensaje fundamental es el del zorro: la importancia de la relación y su fecundidad.

Palabras claves: Saint-Exupéry, *El pequeño Príncipe*, autorrealización, persona, relación

Abstract

This article is divided into four parts. The first indicates the characteristics of Saint-Exupéry and his work and how *The Little Prince* is different from all of his production. The second section discusses the major issue of self-realization of the person and how this work presents this issue in a child whose conflict is to understand in your life what is essential for your own fulfillment. Point three focuses on the character of the fox who

helps the child understand the truth of the emotional relationship: the bonds of love are what make every being unique and irreplaceable as the rose in his little planet. This revelation transformed the child and he transmits this treasure to the aviator because they have also established an unique relationship. The fourth and last point emphasizes that this new way of looking at the world –life as relationship, donation and unique experience in love– makes possible the emergence of new and deeper ways of living life fully. The basic message is that of the fox: the importance of human relationship and its fruitfulness.

Key words: Saint-Exupéry, *The Little Prince*, self-realization, person, relationship

Uno

Los libros de Antoine de Saint-Exupéry giran en torno a la aviación. Se expresa en ellos una fascinación por este mundo; incluso, una cierta idea de que la persona debe sacrificarse por conseguir ese gran avance de llegar al punto más recóndito. En *Correo del Sur*, por ejemplo, está todo ese mito heroico de llegar hasta la Patagonia, de que la aviación consiga llevar el correo hasta allí, superando todas las adversidades.

Se enmarca esta fascinación dentro de una tendencia en la literatura y las artes muy propia de los años 10 y 20 del siglo pasado: la admiración por el progreso, por la técnica, por la velocidad. Ya pocas décadas antes, el arte y la literatura admiraban el ferrocarril, motivo no solo pictórico sino también objeto de una de las primeras películas en la historia del cine. Ahora, por ejemplo, Marinetti, dentro del futurismo italiano, presentará sus dibujos llenos de aviones; no está solo, pues, aunque es un poco más tardío, Saint-Exupéry lo acompaña en su fascinación. Aunque ya entonces también encuentran cauce en la literatura las preocupaciones por la deshumanización que ese progreso

puede traer consigo, por ejemplo, el *Poeta en Nueva York* de García Lorca es prueba bien elocuente de ello.

Tras esas novelas de exaltación de la aviación, en *El pequeño príncipe*, el punto de partida es completamente diferente: el desencadenante de toda la historia es un avión averiado y la preocupación del piloto por su supervivencia. También en *Correo del Sur* aparecía este tema, pero, en esta ocasión, después de un accidente aéreo en el marco de la realización de una hazaña. Allí, el punto clave es cómo, con su esfuerzo heroico, el piloto sabe llegar a un lugar habitado. Un héroe que escapa a la adversidad.

En *El pequeño príncipe*, el piloto tiene poco de héroe: lo vemos manchado de aceite, con un único propósito: reparar el avión y poder despegar antes de que, en el desierto, se le acabe el agua.

Esto es un cambio importante. No sé muy bien cómo interpretarlo, pero volveré sobre ello al final.

Dos

El pequeño príncipe supone también otro cambio, más profundo, más importante; realmente, un giro si se lee

sobre el trasfondo de la literatura de la modernidad y su tema dominante: la autorrealización del individuo, tan paradigmáticamente presente en el “Bildungsroman” alemán de la segunda mitad del XVIII y la primera del XIX; y si se tiene en cuenta que luego vienen los grandes fracasos: de D. Álvaro en el Romanticismo por la incapacidad de comunicarse, de Mme. Bovary y Ana Karenina en el Realismo por sus ensañaciones y su choque con la realidad, hasta llegar a la gran crisis de finales del XIX y principios del XX de identidad no ya extrínseca, por relación con la sociedad, sino intrínseca, de la relación del individuo consigo mismo. Son figuras tan marcadas como el Tonio Kröger de Thomas Mann o el Vitangelo Moscarda del *Uno, ninguno y cien mil* de Luigi Pirandello.

Pues bien, en 1943, *El pequeño príncipe* plantea cómo la identidad se experimenta y se realiza en la relación.

La autorrealización autorreferencial no llega sino a la instrumentalización del individuo, que solo se interesa en su función. Esto es lo que aprende el pequeño príncipe en su viaje por los planetas y, en esta historia contada en círculos concéntricos, el aviador aprende del pequeño príncipe. A su vez, el lector aprende del aviador-narrador.

En efecto, la llegada a cada uno de los planetas no conoce el ritual que se encuentra en textos clásicos, en la *Odisea* o la *Eneida*: que comienza con la acogida del viajero y las atenciones a este, quien, una vez descansado y recuperado, debe responder a las preguntas: ¿quién eres?, ¿de dónde vienes?, ¿cómo has llegado hasta aquí?, ¿qué propósito te trae? Sin embargo, ninguna de las conversaciones en los planetas comienza así. En realidad,

ninguno se interesa por ese personaje que llega, porque todos tienen ya definido el rol que les corresponde (sin haberle preguntado). Por eso, lo primero es el saludo.

¡He aquí un súbdito, un admirador, un explorador! Eso allí donde no resulta molesto (en el planeta de quien cuenta las estrellas) o, simplemente, no es percibido (como por el bebedor o el farolero, demasiado ocupados en sus asuntos).

En el proyecto de cada quien no hay lugar para la persona, solo puede quedar englobada instrumentalmente en el propio proyecto.

Ahora bien, en línea con la filosofía dialógica de esa época, de Martin Buber o Emmanuel Lévinas (aunque, por lo que sabemos, sin influencia directa de ellos), en el contra-modelo que enseña el zorro al pequeño príncipe (y que también se distribuye en círculos concéntricos), la relación no constituye identidad, pero hace que se reconozca. Esta es la lección del zorro a su nuevo amigo. Al planeta tierra ha llegado —después de su paso por los planetas— porque ha salido huyendo de su asteroide. Allí ha caído una flor desconocida, que le interesa precisamente porque es desconocida, porque es única; por tanto, aporta un elemento extrínseco a su propia vida y experiencias, algo exótico ciertamente. Le va ayudar a él a crecer como persona, a autorrealizarse.

No obstante, pronto esa flor empieza a pedir. ¿Y qué es lo que pide? Precisamente establecer una relación: pide ser regada, protección contra el viento, etc. En realidad, no son los hechos concretos en sí los que interesan, sino ese “ocúpate de mí, préstame atención”. De hecho, más adelante reconocerá que lo de la protección frente al viento era una exageración, innecesaria en sí, pero prueba del interés por ella.

El pequeño príncipe en realidad sale huyendo de su asteroide, cuando –por así decir– se da cuenta de que esa flor única no le sirve para su autorrealización; le aporta más cuitas que satisfacciones. Se añade a ello su tremendo desconsuelo cuando se da cuenta de que ni siquiera es única. Se ha estado ocupando, brindando su atención a una rosa, de las que hay miles en un solo campo (en el desierto, curiosamente). Entonces, solo entonces, cuando la perspectiva de autorrealización se desmorona, aparece el zorro; precisamente cuando el pequeño príncipe está tumbado sobre la hierba, llorando deprimido ante su triste descubrimiento.

¿Qué le hace ver el zorro? Que sí, que la rosa es única, no porque no haya otras, sino porque la relación que ha establecido precisamente con esa rosa es única.

Tres

La rosa es única; esta es la lección del zorro. Hay que leer bien el libro; este como todos, pero sobre todo este porque es un gran libro.

Estamos cansados de leer que este libro nos enseña a “volver a descubrir el niño que todos llevamos dentro” y expresiones similares. Que el pequeño príncipe es ese niño y que debemos ser como él. Como dice Bourdieu –bien que no referido a *El pequeño príncipe*–: debemos mantener esa capacidad de “lectura espontánea” que todos como niños tenemos dentro y que luego la escuela “destruye”.

Es cierto, sí, que en la primera mitad del siglo XX se da una exaltación del niño y su visión. Ahí está por ejemplo el italiano Giovanni Pascoli con su teoría de que poesía sería dejar hablar al “fanciullino”

que todos llevamos dentro, ese pequeño campesino que ve la vida sin tantos condicionamientos como los adultos. Sin embargo, hay que leer atentamente porque, en realidad, el pequeño príncipe se comporta como un adulto.

El protagonista, que salió huyendo de su planeta, aprende de quien en ese libro concéntrico está en el punto más central: el zorro. Por su parte, el pequeño príncipe la transmite al aviador que, como narrador, se la muestra al lector.

El verdaderamente sabio es el zorro, porque conoce el secreto, no el niño. El niño aprende y, sí, lo transmite con gran vehemencia: recuérdese, si no, el rapapolvo al aviador, cuando se lo encuentra con las manos manchadas de aceite y más preocupado por reparar su avión que por responder a la tremenda pregunta del pequeño príncipe de si los corderos comen flores. Ocupado con su proyecto vital, de supervivencia, no reacciona.

El pequeño príncipe sí había reaccionado: con la fuga. La “metanoia”, por así decir, se da gracias al zorro. ¿Habría que descubrir “al zorro que todos llevamos dentro”?

Cuatro

El descubrimiento es bastante más que una relación cerrada, como adición de dos solipsismos. El zorro, en la despedida, además de aquello de que “sólo se ve bien con el corazón”, transmite algo más. Le comenta al pequeño príncipe que había allí una parte del mundo que no le significaba nada: el trigo, carente de interés para él como alimento. Sin embargo, ese trigo ha adquirido una dimensión nueva: le recordará al cabello del pequeño príncipe. Lo que antes no decía nada ofrece ahora una

dimensión asociativa y sentimental. La relación, por tanto, no solamente ayuda a descubrir la identidad, sino también hace descubrir mundos nuevos o aspectos nuevos del mundo en que se vive: la relación, por tanto, enriquece, no cierra, sino que abre al mundo; el mundo se llena de significados. Así también las estrellas tendrán un nuevo sentido para el aviador.

Todo esto es el mensaje del zorro. El pequeño príncipe, sí, es el protagonista: al fin y al cabo, el título es suyo y él es el primero en aprender la lección. El primero en mostrar esa capacidad de apreciar, de descubrir, que también tiene el aviador, que también tiene –se

supone– todo ser humano. Y cuando lo ha aprendido, el aviador puede reemprender el viaje; es entonces cuando el avión está reparado. No importan las averías en el desierto; solo hay que aprender a escuchar. Sólo hay que aprender a leer atentamente.

Nota

1. Ponencia presentada en el **IX Encuentro Mesoamericano “Escritura-Cultura” 2014**, organizado por la Universidad de Costa Rica y Editorial Promesa.

